

El V marqués de Monsalud y su colección de Almendralejo

En el libro que recientemente hemos publicado sobre las inscripciones del Marqués de Monsalud (1), acaso hayamos podido parecer un poco injustos al enjuiciar la obra científica del ilustre prócer extremeño. Por lo menos, un poco exigentes en nuestros puntos de vista y un poco duros en nuestras conclusiones. Llevados de un rigor crítico, que considero fundamental e imprescindible en esta clase de trabajos, quizá hemos puesto demasiado de relieve los defectos que oscurecen la obra del Marqués académico y destacado; en cambio, demasiado poco los méritos que pueden apreciarse en el conjunto de la misma. Por eso, el presente artículo, que viene a subrayar esos posibles méritos, puede considerarse complemento adecuado y oportuno de nuestro libro. Además, la circunstancia de publicarse en la REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS me brinda ocasión de rendir un merecido homenaje a esta espléndida tierra de Extremadura, donde vivió y trabajó Monsalud la mayor parte de su vida, donde encontró casi todos los elementos de su obra y donde tantas atenciones encontramos nosotros a lo largo de nuestros viajes y

(1) Jean Mallon y Tomás Marín, *Las inscripciones publicadas por el Marqués de Monsalud. Estudio crítico*. Madrid, 1951. Siempre que se cite dicha obra en notas de nuestro trabajo, aparecerá abreviada así: *Las inscripciones...* El *Boletín de la Real Academia de la Historia* se abreviará por BRAH., y la *Revista de Extremadura* por *Rev. Extr.*

búsquedas tras de los vestigios necesarios para reconstituir y valorar las empresas científicas de aquél (2).

Espero no menos que estas páginas darán satisfacción a todos aquellos que, ya dentro del círculo local extremeño, ya en el ámbito nacional, ya incluso desde países extranjeros, conocieron, admiraron y comentaron elogiosamente la personalidad de Monsalud en cualquiera de sus aspectos, y que pudieran haber quedado un poco sorprendidos ante algunos pasajes de nuestro libro en cuestión.

* * *

En Extremadura, y entre sus contemporáneos, fué tenido Monsalud por un gran caballero cristiano, por un erudito de profesión y coleccionista de antigüedades afortunado y tenaz, por un entusiasta defensor de los intereses de la región y cultivador constante de sus temas de investigación y estudio. Con esa misma aureola ha llegado hasta nuestros días. Precisamente, en un reciente libro publicado por dos extremeños ilustres, se dice de él: «Recordamos a aquel gran señor con agrado. Fino, estudioso, muy culto y muy entusiasta de su región, cuyo pasado investigó infatigablemente. Sabía hacer honor a su estirpe, a la familia que representaba y honrar la memoria de sus mayores. Causaba admiración ver el orden, la competencia y el interés en la colocación de sus colecciones arqueológicas, numismáticas, los cuadros con los retratos de sus antecesores, los preciosos objetos que poseía, aquel conjunto de cosas bellas, artísticas e históricas que hicieron de su morada un gran museo y para

(2) Especialmente quede aquí testimonio de nuestro agradecimiento a los Rvdos. Sres. D. José García y D. Alonso García Molano, del Seminario de Badajoz; al Rvdo. P. Vicente Gómez Bravo, del Colegio de Jesuitas de Villafranca; al Rvdo. D. Esteban Rodríguez Amaya, de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Badajoz; a los Rvdos. Sres. Curas Párrocos D. Manuel Marín, D. Manuel Merino, D. Ramón Vázquez Zambrano y D. Julián Azara; así como a los Sres. D. Miguel Martín en Jerez de los Caballeros, D. Nicolás Ovando de Mendoza y D. Luis Mendoza en Barcarrota, don José Alvarez en Mérida, D. Miguel Angel Ortí en Cáceres, D. Luis Blázquez en Almendralejo y Srta. Asunción Delgado en Badajoz.

museo la destinó» (3). Idéntica visión de su persona y de su vida se reflejaba ya hace cuarenta años en las reseñas periodísticas que le dedicó la prensa de Badajoz a raíz de su muerte. Acaso resulte la más expresiva, aun siendo intencionadamente encomiástica, ésta del *Diario Regional* (4): «Penosísima impresión nos ha producido la noticia del fallecimiento del ilustre prócer, jefe de los regionalistas de Almendralejo, que le seguían con la adhesión incondicional que arrancan las simpatías conquistadas por una integridad de ideas honrosas y una caballerosidad sin tacha. De arraigadas convicciones regionalistas, dedicó sus últimos entusiasmos a la propaganda de las ideas, logrando encauzar la política en Almendralejo por unos derroteros que hacían augurar para muy pronto el triunfo de las aspiraciones regionales de Extremadura (5). Católico de acción, siempre puso sus energías al servicio de la causa de la verdad. Fervoroso y caritativo, siempre tuvieron en él las clases necesitadas un protector generoso, que supo conquistarse el corazón de todos. La ciudad de Almendralejo le quería con el afecto que producen las buenas obras y el respeto que lleva consigo la nobleza acrisolada y la elevada alcornia a que pertenecía. A sus excelentes condiciones de carácter unía un talento superior y una cultura vastísima. Poseía una gran erudición en materias históricas, debiéndole la Arqueología un rico museo y la Epigrafía valiosos descubrimientos que lo acreditaron como notable arqueólogo. Era correspondiente de la Real Academia de la Historia y su opinión era autorizadísima. Almendralejo pierde con su muerte un defensor generoso, el regionalismo extremeño un adalid entusiasta y Extremadura un hijo ilustre.» Y si se repasan las páginas de la antigua *Revista de Extremadura*, en ellas saltan frecuentes elogios a «nuestro ilustre paisano», al «inteligenti-

(3) Antonio del Solar y el Marqués de Ciadoncha, *Del solar de Extremadura*. Badajoz, 1949, pág. 61.

(4) 6-II-1910.

(5) En este terreno de la política debió efectivamente de moverse Monsalud con gran entusiasmo y ciertamente con las mejores intenciones. Hizo al menos una campaña electoral para ser elegido diputado a Cortes por el distrito de Mérida; al fin retiró su candidatura. Personas que lo recuerdan dicen que sus discursos de propaganda admiraban por lo eruditos y bien pronunciados.

simo epigrafista», al «benemérito Marqués de Monsalud», apelando siempre a «sus grandes conocimientos epigráficos», a «sus magistrales descripciones», a «sus notables estudios en toda esta región» (6). Afirmándolo así los principales cultivadores que por aquel entonces tenían en el país los estudios de historia local y regional.

Pero esta misma admiración hacia las virtudes y saber de Monsalud existió fuera del ambiente regional y provinciano, tomando cuerpo en instituciones y personas del mayor rango científico. La Academia de la Historia de Madrid lo nombró académico numerario y son muchas las veces que se le cita con elogios en las páginas de su *Boletín*. Sólo el eruditísimo Padre Fita se refiere a Monsalud en más de treinta ocasiones durante el corto espacio de dos años, o para aprovechar sus noticias, o para aplaudir su trabajo, o para autorizar su propia opinión con la de aquél (7). El Instituto Germánico de Berlín le contó entre sus miembros, «grado casi singular—dice el mismo Fita—entre los sabios españoles y de altísimo precio»; y el ilustre Hübner proclamó sin regateos los altos méritos contraídos por Monsalud con la ciencia epigráfica (8).

Así nada tiene de extraño que otros sabios posteriores, en teoría y en la práctica, le rindieran su tributo de reconocimiento, ya como a coleccionador, ya como a epigrafista, ya como a erudito en general y buen conocedor de diferentes temas histórico-arqueológicos. Mérida, por ejemplo, que se hace en sus trabajos constante eco de las opiniones de Monsalud, reproduciendo a la letra páginas enteras de sus escritos, dice de él que le sorprendió la muerte «dejando sensible vacío en la ciencia y

(6) IV, 1902, pág. 70; V, 1903, págs. 177, 253 y 385.

(7) *BRAH.*, tomos 28, 29, 30, en diversos artículos.

(8) *Inscripciones romanas sepulcrales de Ibañernando* en *Rev. Extr.*, I, 1900, página 145; *Epistula scripta in latere pondum cocto et nuper inventa in Hispania* en *Bulletin Hispanique*, I, 1899, pág. 131. No deja de resultar un poco extraño que Rodríguez de Berlanga, en el largo artículo que dedicó (*Revista de Archivos*, IV, 1900, pág. 2) a la teja de Villafranca de los Barros, publicada por Monsalud unos meses antes (*BRAH.*, 34, 1899, pág. 415), ni siquiera cite el nombre de éste, tanto más que quizá sea el mayor mérito científico de Monsalud el descubrir y publicar antes que nadie dicho monumento.

en el afecto de cuantos nos honramos con su noble amistad» (9). Vives lo sigue de ordinario puntualmente, y en algún momento certifica con ponderadas frases la buena calidad de sus trabajos científicos (10). García Bellido reproduce sus transcripciones, prefiriéndolas a las de otros especialistas de mayor fama (11). Y Leclercq recoge las inscripciones cristianas de Mérida publicadas por él, sin añadir ni quitar nada, descansado plenamente en su autoridad (12).

* * *

¿Cómo casar todo esto, aun admitiendo cierta cortés benevolencia que rebaje más o menos el tono de esas alabanzas, con otras afirmaciones, por lo demás bien fundadas y medidas, sentadas en nuestro libro recién citado? «La obra literaria de Monsalud—hemos dicho allí—es escasa así en cantidad como en calidad.» «Sus noticias son sumamente prolijas... y hace en ellas un alarde de erudición, de la cual puede decirse que en muchas ocasiones resulta por lo menos innecesaria.» «Muchas veces establecía esos textos (los de sus transcripciones) a golpes de lecturas arbitrarias o imposibles, que completaba con suplementos tan imposibles o arbitrarios como aquéllas... Leía sin inmutarse calcos donde el texto había salido muy mal, o, simplemente, no había salido; originales donde la inscripción se hallaba casi del todo borrada; incluso veía inscripciones sobre piezas en las que nunca habían existido. Hasta falsos, que por sus solos caracteres externos hubieran debido ser rechazados al primer golpe de vista, eran acogidos en su colección y publicados por él en el *Boletín* sin reservas de ninguna clase» (13).

Que en Extremadura se admirara a Monsalud, así en su per-

(9) *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*. 1925, pág. 18, nota 1.

(10) *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*. Barcelona, 1942, núms. 19 y 48.

(11) *El culto a Mithras en la Península Ibérica*, en *BRAH.*, 122, 1948, páginas 313 y sig.

(12) *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, XI, 1.^a, Paris, 1933, artículo «Mérida», § IV, Epigraphie, cols. 475-477.

(13) *Las inscripciones...*, págs. XII y XV.

sona como en su labor científica, cualquiera lo entiende y se lo explica como lógica consecuencia de cuanto dejamos dicho. Aunque otras razones no hubiera, bastaría su encariñamiento y su dedicación a las cosas de aquella tierra, que si no lo vió nacer (14), lo vió vivir la mayor parte de su vida. Con la circunstancia favorable de que venía a ser, después de bastante tiempo, el primero de los Monsalud que con su presencia casi habitual ponía nuevo interés en las posesiones marquesales de Extremadura (15). En la dehesa La China, la más rica de estas posesiones, situada en la línea del ferrocarril, muy cerca de Medellín, tiene Monsalud fechadas varias de las cartas que se conservan en su expediente de académico de la Historia; y el también marquesal palacio de Almendralejo fué el testigo más constante de su existencia recogida y laboriosa. Allí vivía, según nos dicen algunos coetáneos suyos, en un ambiente de austeridad que llamaba la atención en persona de sus posibilidades y de su categoría. Poca vida de sociedad, ninguna diversión y largas horas de trabajo en su humildísima habitación, casi cenobítica, por su simplicidad y pobre acondicionamiento (16). Si salía del palacio, las más de las veces, era para sus excursiones arqueológicas, ya en el mismo Almendralejo, ya en otros pueblos de la provincia de Badajoz. Llegan casi a la treintena las localidades que visitó en repetidas ocasiones, siempre tras la búsqueda o adquisición de objetos arqueológicos. Es la nota más simpática de las actividades de Monsalud. Todavía quedan personas que recuerdan su típica figura, inquiriendo, aconsejando, riñendo, pidiendo o comprando, siempre a propósito de piezas antiguas que estaban per-

(14) Nació en Madrid en 1859 o 1860. (Cfr. *Las inscripciones...*, pág. IX.)

(15) Téngase en cuenta que sus padres heredaron el Marquesado, con el palacio y demás posesiones, de su prima la tercera Marquesa de Monsalud, doña María de la Concepción Nieto y Solano, y que hasta entonces no debían de tener con relación a Almendralejo vínculo ni interés de ninguna clase. Su padre, D. Carlos José Solano y San Pelayo, era natural de Mogente, y su madre, D.^a María Teresa Gálvez Villalpando, de Puente Genil. Parece que su residencia habitual fué Madrid.

(16) El abogado de Madrid D. José Rosado y Gil, que tuvo trato muy frecuente con el Marqués y lo visitó muchas veces en su palacio, nos dice que en su habitación particular no recuerda otros muebles que una cama, una mesa, una estantería, una silla y un velón, todo muy modesto.

didadas o en peligro de perderse. Sus escritos contienen alusiones a incidentes pintorescos que amenizan el relato de estas excursiones y ponen de manifiesto la hombría de bien, un poco infantil, con que procedía en sus empresas el buen Marqués. En Malpartida hubo motín de los vecinos contra el supuesto buscador de tesoros; en Mérida, lluvia torrencial mientras examinaba al aire libre, durante los pocos minutos de que disponía, la inscripción de Eulalio, y en varios sitios, desplantes e impertinencias de los poseedores de objetos interesantes, que ni querían donarlos, ni venderlos, ni conservarlos decorosamente (17). Hizo excavaciones, siempre por cuenta y a expensas suyas, en Almendralejo, Torremegía, Alange, Mérida, Medina de las Torres, Villafranca de los Barros, Nogales, Salvatierra de los Barros, Feria y Malpartida de la Serena; y son innumerables los parajes que reconoció sistemáticamente, de ordinario con rica cosecha de hallazgos (18). Su fama de coleccionista y buen conocedor de antigüedades se extendió pronto por toda la región, y a sus manos aflúan constantemente objetos que le vendían o regalaban y consultas sobre la naturaleza y antigüedad de los mismos, acompañadas de calcos o fotografías que él aprovechaba diligentemente para sus artículos. Dentro aún de este marco regional, destacaremos que de los cincuenta y más artículos, llamémoslos así con denominación general, escritos por Monsalud a lo largo de su vida científico-literaria (19), casi cuarenta de ellos están dedicados a asuntos y temas de Extremadura. En el conjunto de los mismos hay recogidas unas trescientas inscripcio-

(17) *Las inscripciones...*, núms. 75, 90, y *BRAH.*, 30, 498.

(18) *Las inscripciones...*, núms. 19, 21, 26, 66, 76, 95, etc., y *BRAH.*, 28, 533, 30, 333, 353, 356, etc.

(19) La mayoría de ellos en *BRAH.*, tomos XXX-LVII, 1897-1910. Algunos repetidos en otras publicaciones, como *Nuevas lápidas romanas de Extremadura*, *BRAH.*, 43, 328, que reprodujo casi a la letra la *Rev. Extr.*, VI, 1904, páginas 1-7, y *El Palacio real de Olite*, *BRAH.*, 49, 435, que se copió en el *Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra*, IV, 1913, págs. 109 y 149. Además, y fuera del *Boletín de la Academia*, en la misma *Revista de Extremadura* aparecieron estos dos artículos: *Prehistoria de extremadura. La Vega de Harnina en Almendralejo*, II, 1900, pág. 192, y *Citanias extremeñas*, III, 1901, pág. 6. Finalmente está su discurso de ingreso en la Academia de la Historia sobre *Arqueología romana y visigótica de Extremadura*. Madrid, 1900.

nes, y de ellas más de doscientas cincuenta pertenecen a las provincias de Cáceres y Badajoz.

Al lado de esta floración de tan entrañable y fecundo extremeñismo, sus posibles defectos naturales y científicos habían de pesar menos en el ánimo de sus compatriotas. Su retraimiento, rayano casi en la misantropía, habría de resultarle fácilmente explicable como rareza o «chaladura» de sabio, o como fruto de su espíritu religioso y austero, o como efecto de un carácter excesivamente candoroso y agradablemente infantil. A nosotros nos parecen censurables las horas y horas que debió de emplear el piadoso Marqués en hacer una copia, de su puño y letra, con caligrafía esmerada, de otro manuscrito que llevaba por título «Vida y obras de la venerable María del Niño Jesús Meneses, natural de la villa de Berzocana, obispado de Plasencia, sacadas legalmente del libro que ella compuso por mandado del mismo Cristo nuestro bien y por el de sus confesores y padres espirituales, que se guarda en el archivo del Monasterio de Guadalupe» (20); pero ellos posiblemente se fijarían en el aspecto regional y devoto de la empresa más que en el tiempo dedicado a ella, el cual, por otra parte, pudiera haber sido perdido en cualquier pasatiempo tan censurable y más que la copia en cuestión. Nosotros protestamos contra su falta de ojo crítico al adquirir y entronizar en su colección y sacarlas a pública luz en el *Boletín de la Academia*, sin la menor sospecha sobre su autenticidad, las falsas inscripciones contenidas en varias de sus noticias (21); pero ellos fácilmente se dejaron ganar por el mérito de aquella búsqueda fatigosa y desinteresada, admirando el caudal de los objetos reunidos y perdonando, si llegara el caso, la infiltración de tales o cuales piezas sospechosas al socaire de la simplicidad y hombría de bien que caracterizaron al coleccionista de Almen-dralejo.

Todo esto explica suficientemente la fama de Monsalud entre sus paisanos, sin excluir a los sabios y eruditos que, habida cuenta de las circunstancias científicas de entonces, bien podían admirar su laboriosidad, su tesón, sus dispendios en pro de la

(20) Esta copia la posee actualmente el Sr. Rosado y Gil, en Madrid.

(21) *Las inscripciones...*, núms. 256, 259, 267-290, etc.

ciencia, sus conocimientos y sus publicaciones sobre temas poco comunes, y, como complemento de todo ello, su colección de antigüedades. ¿Pero qué decir de los no paisanos, que, sin vínculos de tipo sentimental y particularista, no tenían hacia Monsalud y sus trabajos otra inclinación ni punto de mira que el puro y objetivo valor de éstos? Concretamente, ¿qué pensar de la importancia que le concedieron y de los elogios que le tributaron los epigrafistas de dentro y fuera de España? He aquí lo que pudiera pensarse: En el *Boletín de la Academia de la Historia* publicó Monsalud treinta y dos crónicas epigráficas con un total de casi trescientas inscripciones; siendo así, en cantidad de noticias, el primero entre todos aquellos autores que, bajo la égida de Hübner y de Fita, acometieron la tarea de estudiar y dar a conocer el tesoro epigráfico español. Fernández Guerra, Rosso de Luna, Romero de Torres, Marcelo Macías, Angel del Arco, Federico Baraibar, Vázquez Núñez, forman en este grupo meritísimo que tuvo como principal palenque de sus actividades el *Boletín de la Academia de la Historia*. Pero frente a las treinta y dos crónicas y trescientas inscripciones de Monsalud, ninguno de ellos presenta, a lo largo de su labor, arriba de veinte crónicas, y el que más, no llega a contar las doscientas inscripciones. Además, junto a estos trabajos de Monsalud, titulados y firmados por él, hay otra labor oscura y semianónima que fué, sin duda, la que le hizo subir más puntos en el sentir un poco interesado de los académicos madrileños, y particularmente del P. Fita. Este infatigable trabajador, que llenó miles de páginas en el *Boletín*, además de los artículos epigráficos que publicó con su título propio y específico, conteniendo centenares de inscripciones, recogió en la sección de «Noticias», y dió a conocer en el transcurso de treinta años, una serie considerable de inscripciones inéditas, algunas de extraordinario interés. Allí sobre todo, y en algunos de esos artículos por él firmados, engarzó decenas de comunicaciones enviadas por Monsalud referentes a otras tantas piezas epigráficas, y acompañadas muchas veces de calcos, dibujos, transcripciones, etc. Monumentos tan interesantes como la lápida de Eulalio en Mérida, la dedicatoria de la iglesia de Santa María en Jerez de los Caballeros y la de Lucio

Roscio también en Mérida (22), fueron generosamente cedidos por Monsalud para que se publicaran bajo nombre ajeno, entre freses agradecidas y elogiosas para el buscador infatigable y desprendido. Ello fué sobre todo en sus primeros años de aparición en el mundo académico. Y como Fita, Hübner, que tantos y tan buenos corresponsales tuvo en España, probablemente de ninguno recibió en estos últimos años de su vida mayor cantidad de elementos que de Monsalud. Un recuento rápido de las veces que su nombre se repite a lo largo de la última serie de inscripciones españolas, recogidas por aquél en los tomos VIII y IX de *Ephemeris epigraphica*, así como en las *Inscriptiones Hispaniae Christianae*, nos da una cifra muy superior a cien, ya sea para indicar que la inscripción estaba publicada por Monsalud y contrastar la opinión de éste con la suya, ya para especificar que había recibido de él un calco o un dibujo o simplemente una comunicación.

Pero hay más todavía. Porque a este mérito un poco extrínseco y secundario, tampoco le falta el específico de los propios artículos publicados directamente por Monsalud, al menos si se miran con cierta relatividad. También aquí conviene recordar que la Introducción de nuestro libro abunda en una serie de censuras, que quizá hoy, a pocos meses de haberlas pronunciado, no lo hubiéramos hecho tan escueta y absolutamente. Nuevas vueltas a través de las páginas del *Boletín* para estudiar la obra epigráfica de Fita y de los demás autores que formaron grupo con Monsalud en el tiempo, en las aficiones, en la manera de estudio y en el sistema de publicación, nos han hecho ver que el Marqués fué uno de tanto entre aquellos eruditos, a quienes sobraba erudición, no siempre de la mejor ley, y ganas de manifestarla, tanto como les faltaba espíritu crítico, precisión de ideas, concisión de palabras, orden y sistematización en lo que estudiaban y escribían. Aun diríamos más, que acaso Monsalud fué, si no el más crítico, tampoco el más desordenado y farrañoso, ni el más falto de concisión ni el menos constante en el método de estudiar y de exponer. Y esto, aun incluyendo a Fita, que en otros muchos aspectos estaba a cien codos sobre él y

(22) *BRAH.*, 30, 346 y 497; 32, 352.

sobre los demás. Pero a las decenas de páginas de Monsalud (23), llenas de comentarios superfluos, podrían oponerse en Fita centenares de estos comentarios, como que era inmensamente más versado en filología, en hagiografía, en historia, en liturgia, en derecho; la confusión entre los títulos, localidades y objetos encontrados o conservados en ellas que advertimos en el primero (24), está de sobra equilibrada por aquellos larguísimos artículos del segundo, en que tan difícilmente se distinguen a veces las diversas partes y se relacionan los diferentes capítulos y noticias; a los informes de segunda mano que publica el uno (25) responden con creces en el otro sus típicas «excursiones epigráficas» sin salir del despacho de la Academia de la Historia, a base de comunicaciones recibidas o de textos impresos anteriormente, sin reconocer por propia cuenta ni uno solo de los originales. Y si Monsalud pecó por arbitrario en los suplementos de lectura que siempre tenía a mano para completar el texto de los fragmentos epigráficos encontrados (26), quizá lo aprendió leyendo las noticias de Fita publicadas en el *Boletín* antes que él hiciera su aparición en las páginas del mismo (27).

* * *

Todo este conjunto de cosas buenas que realzan, aunque sólo sea relativamente, la obra científica de Monsalud, tuvo un fruto concreto y un mérito más positivo, al que nos hemos referido ya repetidas veces: su colección de antigüedades. Vamos a describirla someramente y a tratar de reconstituir la historia de su origen, desarrollo y desaparición.

El V Marqués de Monsalud tuvo una afición decidida a adquirir y coleccionar objetos antiguos. El P. Fita dice (28) que

(23) *Las inscripciones...*, núms. 15, 53, 65, 79, 90, 110, 163, 169, etc.

(24) *Ob. cit.*, núms. 152, 183, 231-234, etc.

(25) *Ob. cit.*, núms. 79, 147, 229, 230, etc.

(26) *Ob. cit.*, núms. 51, 52, 53, 79, etc.

(27) Para todo lo que se refiere a Fita nos remitimos a nuestro libro en preparación, Mallon, Marín, Navascués, *Las inscripciones publicadas por el Padre Fita*.

(28) *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción... del... Marqués de Monsalud*. Madrid, 1900.

esta afición a los monumentos históricos la heredó, «a la par que el título preclaro», de D. Juan Nieto y Aguilar, II Marqués de Monsalud, que dió a conocer el gran disco de plata de Teodosio encontrado en Almendralejo en 1848 y gestionó su adquisición para la Academia. Es probable que la afirmación del docto jesuíta no pase de amable suposición, encajada con mucha oportunidad en su discurso de contestación al de ingreso de nuestro Marqués en la Academia de la Historia. Por lo demás, tan escasos son los datos que poseemos sobre la primera parte de la vida de éste, que tampoco en ese punto, de sus aficiones culturales, podemos salir de las puras hipótesis. Nos lo encontramos ya en 1897 hecho académico correspondiente, publicando sus primeras noticias epigráficas y reuniendo en su palacio diferentes piezas arqueológicas, es decir, en los comienzos de su colección.

El palacio de Almendralejo sí que lo heredó Monsalud junto con el título marquesal, y el inmueble, que databa del siglo xvii, debió de pertenecer ya a los primeros Marqueses del mismo nombre. Se conserva actualmente y en la esquina que forma con las calles de Mérida y San Antonio ostenta un espléndido escudo barroco (lám. 2). La disposición arquitectónica del edificio puede resumirse así: Un gran recinto rectangular, cuyo tercio posterior está ocupado por amplio patio, que cierran una serie de edificios accesorios destinados originariamente a cocheras, caballerizas, etc. El resto se dispone todo en torno a otro patio interior, con pórtico en la planta baja, sostenido por columnas. En la fachada que da al patio exterior se advierten una serie de construcciones de ladrillo que forman un cuerpo rectangular, adosado al edificio principal, terminado en dos torrecillas cuadradas y con remates en las esquinas. Unas y otras se hallan revestidas de azulejos, que cubren también las paredes bajas de ambos patios. Todo ello fué obra del V Marqués con vistas a que resultara adecuado marco de la colección arqueológica que iba instalando allí y que con los objetos artísticos conservados en el interior del palacio habían de convertir a éste en un museo. Pero la muerte le sorprendió en estos proyectos, que nunca llegaron ya a realizarse.

La distribución interior del edificio, substancialmente, queda

también hoy como hace cincuenta años, aunque el actual destino y aderezo de sus habitaciones nada tiene que ver con el de entonces. Ya hemos dicho que Monsalud personalmente ocupaba la habitación más humilde. Pero contrastando con esta modestia de lo que era personal suyo, todos los que lo conocieron recuerdan el orden y la señorial elegancia que brillaba en otras estancias del palacio. Así lo podemos comprobar por algunas fotografías (láms. 1, 3, 4) que se conservan ahora de diferentes piezas y sus instalaciones (29). Lástima que sean poco elocuentes sobre el valor y categoría de ninguno de los objetos fotografiados. Hay una relación que se refiere a porcelanas, antigüedades, esculturas, pinturas, relojes de sobremesa y retratos de familia (30). Entre los testigos que visitaron el palacio en tiempo de Monsalud y poco después de su muerte, unos nos hablan de colecciones de retratos y monedas (31); otros, concretando más, nos describen un retrato del Cardenal Borbón, el Regente de 1813, pintado por Goya; un magnífico bargueño con el nombre y el escudo del Cardenal; una armadura de ébano para chimenea, que decían haber pertenecido a la Emperatriz Josefina; un arpa y un retrato del II Marqués de Monsalud (32). El salón-oratorio poseía altar y retablo barroco (lám. 5), y barroco era también su soberbio artesonado de cedro.

(29) Estas fotografías y todas las demás que vayan saliendo, relativas a épocas pasadas del palacio y sus instalaciones, han sido amablemente facilitadas por D. Rafael Casulleras, de Barcelona. Los clichés de las mismas están en su poder desde que los adquirió, junto con el lote de objetos a que nos referiremos luego en el texto, de manos del comprador del palacio y muebles de Monsalud hacia el año 1930. El señor Casulleras, al ver ahora las copias de dichos clichés hechas por nosotros, recuerda que algunos de los objetos contenidos en ellas, y hoy desaparecidos, estaban ciertamente entre los que él adquirió; de otros no tiene idea. En cambio, bastantes de los conservados ahora, podemos comprobar que figuran en las fotografías. Todo lo cual nos basta para aceptar este conjunto fotográfico como testimonio fidedigno referente a la situación del palacio de Almendralejo y su contenido en tiempos de Monsalud.

(30) Testamento de D.^a María Teresa Gálvez y Villalpando, Marquesa de Monsalud, cláusula undécima.

(31) Antonio del Solar y el Marqués de Ciadoncha, *Del solar de Extremadura*, pág. 61.

(32) Carta de D. Miguel Angel Ortí, Director del Museo Arqueológico de Cáceres, 23-I-1950.

En todo esto, que podemos llamar mobiliario e instalaciones, el papel de Monsalud debió de consistir puramente en conservar lo recibido de las anteriores generaciones marquesales. Sólo tal o cual detalle, de objetos pertenecientes a épocas más antiguas, como monedas, adornos e instrumentos de metal, alguna cerámica, pudieron ser la novedad introducida por él. Su fuerte y su moda, por así decirlo, estuvo en lo arqueológico, llegando, como hemos visto, a estructurar con nuevas formas una parte del palacio para encuadrar en él este conjunto de piezas que iba almacenando a ritmo acelerado, y de las cuales creemos que apenas ninguna le fué legada por sus antepasados. ¿Cuáles eran estas piezas? Por suerte, en este caso, a las noticias del propio Monsalud y a las referencias de testigos que lo vieron y al testimonio de las fotografías que se conservan, podemos añadir los datos reales de las mismas piezas, conservadas en buen número, más o menos como las poseía su ilustre dueño. Con unos y otros elementos, los conservados y los referidos en fotografías o noticias, podemos formarnos una idea de este acervo arqueológico que, en puridad de lenguaje, no puede llamarse colección, pues le faltó para serlo el orden, la clasificación y la colocación más imprescindibles. Por eso mismo, tampoco podemos aspirar a reconstituirlo con exactitud ni describirlo con detalle, sino simplemente a dejar constancia de su existencia en manos de Monsalud, y de tal o cual circunstancia relativa a su naturaleza, procedencia, etc.; todo lo cual, particularmente para las piezas desaparecidas, no deja de tener un relativo interés, acrecentado por el testimonio de las fotografías que damos al final. Por lo demás, cualquier intento de clasificación resultaría difícil e incompleto, pues, entre otras razones, estas fotografías se muestran muy heterogéneas en los objetos representados y poco expresivas sobre la naturaleza y detalles de los mismos. En todo caso es labor que queda para los arqueólogos especialistas de las diversas Edades. Mérida, aprovechando sólo las noticias suministradas por Monsalud en sus varios artículos, sin examinar ninguno de los originales, distribuyó los objetos reunidos y publicados por éste, en prerromanos, romanos, romano-cristianos y visigodos (33). Navascués, refiriéndose a un importante

(33) *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz. Textos I y II.*

lote que sobrevive todavía, distinguió en él antigüedades prehistóricas, romanas y visigodas (34).

Entre los objetos descritos por el primero, aparte las piezas epigráficas, para las cuales nos remitimos a nuestros libros sobre Monsalud y Fita (35), se cuentan las alhajas de oro: conos, brazaletes, sortijas de alambre, encontradas en Alange y adquiridas por Monsalud, que las salvó entonces de una desaparición casi segura; las doscientas hachas de ofita procedentes de la vega del Harnina en Almendralejo, junto con todo un arsenal de armas y utensilios anteriores a la época romana, como cuchillos y flechas de pedernal, punzones de hueso, rodajas perforadas de barro y de piedra, agitador de piedra, molinos de cuarzo, etcétera. A todo ello se refiere Monsalud en sus artículos sobre *Prehistoria de Extremadura y Citanias extremeñas* (36), donde habla además, dándolos como poseídos por él, de discos de barro «labrados con cierto primor», de «colgantes o amuletos de barro cocido y forma prismática», de cucharas de barro «curiosas en extremo». Otros pasajes de sus noticias nos dicen que algunos objetos de este grupo prehistórico, hachas, martillos, y molinos concretamente, procedían también, aunque en pequeña proporción, de otras localidades, como Feria, Nogales y La Parra (37). En nuestras fotografías (láms. 6-10) pueden identificarse con gran probabilidad varios de estos ejemplares, que en algún caso (lám. 6) llevan incluso el letrero de «Harnina», como indudable referencia a su lugar de origen.

En la «noticia descriptiva» de Navascués destacan, al lado de las inscripciones más interesantes que recoge y comenta, una serie de elementos arquitectónicos y escultóricos de las épocas romana y visigoda, tales como estatuas, capiteles, fustes de columna, pilastras, losas decorativas, pedestales, fragmentos de mosaico, urnas cinerarias, etc. La mayoría proceden segura o probablemente de Mérida. Aunque Monsalud no deja de indicar

(34) *Museo Arqueológico Nacional. Adquisiciones en 1930. Colección de antigüedades que pertenecieron al Sr. Marqués de Monsalud. Nota descriptiva.* Madrid, 1931.

(35) Notas 1 y 28.

(36) *Rev. Extr.*, II, 1900, pág. 192, y III, 1901, pág. 6.

(37) *Las inscripciones...*, núms. 8, 66, y *BRAH.*, 30, 356.

en varias ocasiones que encontró, transportándolas luego a su palacio, piezas de la índole descrita, en Torremegía, Medina de las Torres, Nogales y Almendral (38). Además, a este grupo clasificado y descrito por Navascués hay que añadir la magnífica serie de piezas arquitectónicas romanas, pero sobre todo visigodas, que se encuentran todavía en el palacio de Almendralejo, integrada por pilastras, columnas, cimacios, cornisas, basas, capiteles, relieves, arcadas (láms. 18, 19, 20), así como el no despreciable lote de piezas romanas restaurado y adaptado en la finca «Fi-Vallés» de San Feliú de Codinas, compuesto de dieciséis columnas, veinte basas, cinco capiteles, un sarcófago, cuatro ánforas y algunos objetos más (lám. 21).

Siguiendo las declaraciones del propio Monsalud, aún podemos contar entre sus antigüedades gran cantidad de tejas y baldosas romanas junto con un numerosísimo grupo de objetos de cerámica y de vidrio, enteros o fragmentados, integrado por lucernas, platos, tazas, etc. (lám. 4). Todos han desaparecido y a ellos se refiere en múltiples ocasiones, procediendo, según él, de Villafranca, Aceuchal, Almendralejo, Torremegía, Salvatierra, Nogales y Medina de las Torres (39). Tampoco conocemos el paradero de una serie de bronce, al parecer romanos, que se muestran en algunas de las fotografías (lám. 14), ni el de otras piezas visigodas, como fíbulas, anillos y elementos de adorno pobremente fotografiados y sin relieve ninguno al lado de cosas menos caracterizadas e interesantes, sin unidad de época ni de contenido, a las que sólo cabe el común denominador de anti-guallas, y entre ellas clavos, llaves, hierros y utensilios diferentes (láms. 10, 13, 15). En cambio, todavía quedan centenares de azulejos, modernos y sin interés, que cubren buena parte de las paredes del palacio de Almendralejo, y que debieron ser parte de un grupo mayor, hoy desaparecido, procedentes, según nos dicen, de Talavera y de Toledo (40).

* * *

(38) *Ob. cit.*, núms. 19, 95, 198, y *BRAH.*, 30, 357, 506, etc.

(39) *Ob. cit.*, núms. 19, 31, 138, 200, y *BRAH.*, 28, 535; 30, 357, etc.

(40) Carta de D. Miguel Angel Ortí, 23-I-1950.

En tiempo de Monsalud y dentro del palacio, este conjunto de cosas tan heterogéneas se encontraba diversamente situado. Algunas integradas, al parecer de las fotografías (láms. 3, 4), en el mobiliario y ornamentación de sus habitaciones. Serían las menos y más adecuadas para este fin: monedas, alhajas, objetos de metal y de cerámica, tal o cual detalle prehistórico. Otro grupo, cuya naturaleza lo permitía así, fué enmarcado por su poseedor en las construcciones que le hemos visto levantar en el patio posterior del palacio (41); unas piezas sirviendo de puro motivo ornamental, otras llenando un papel arquitectónico (láminas 16, 17). Entre las primeras, un grupo de inscripciones, empotradas en la pared o adosadas a ella sobre el correspondiente soporte, algunas estatuas y casi nada más. Entre las segundas, pilastras, arcadas, columnas, cimacios, cornisas, capiteles, etcétera. Buena parte de todo ello puede verse todavía en sus lugares originarios de colocación, dondè faltan, sin embargo, todas las estatuas y las lápidas no empotradas (láms. 18, 19, 20).

Pero el caudal más considerable de esta colección que empezaba a instalarse y a ser tal, parece no haber llegado a pasar la categoría de depósito o almacén, en espera del momento de su colocación. A través de las fotografías a que venimos refiriéndonos y de lo que se ve actualmente, puede sacarse la cuenta que sólo unas pocas piezas tuvieron aire de situación definitiva. Las restantes, en número de varios centenares, estuvieron almacenadas con poco o ningún orden en dicho patio posterior (lám. 17) y en las cocheras o caballerizas que cerraban por detrás el recinto del mismo. Mérida, al decir que no logró ver nunca la colección de antigüedades del palacio de Almendralejo, lo explica, de una parte, por no haber coincidido nunca con Monsalud en Extremadura, y de otra, por «la circunstancia de que el sabio colector, deseoso de dar apropiada instalación a las preciosidades arqueológicas que poseía, estaba haciendo, desde hacía tiempo, obra en su casa de Almendralejo, y tenía con este motivo recogida la colección» (42). Don José Rosado y Gil asegura haber visto, en las cocheras del palacio, todavía en vida de

(41) Alguna se colocó también en el patio central y sus inmediaciones.

(42) *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*, I, pág. 19, nota 1.

Monsalud, un verdadero arsenal de cosas antiguas, como azulejos, columnas, estatuas, inscripciones, mosaicos, cerámica, etcétera. El señor Ortí nos certifica (43) que en 1919 todavía vió él personalmente guardadas dentro de cajones gran cantidad de antigüedades. Y D. Mariano Larios explica (44) cómo al adquirir él el palacio en 1929, en las caballerizas existían repartidas y en desorden muchas piedras, de tamaños y formas variadas, así como trozos de cerámica y azulejos sin orden ni clasificación alguna.

Estando las cosas en esta situación intermedia y provisional y el Marqués metido en las obras de adaptación que hemos dicho, le sobrevino la enfermedad que en pocos días hubo de llevarle al sepulcro. «Murió de bronconeumonía», nos dice su partida de defunción, en Madrid, el 6 de Febrero de 1910, a los cincuenta años, soltero y sin dejar disposición testamentaria alguna (45). Con lo cual la incipiente colección de Almendralejo, como los demás bienes marquesales, pasaron a poder de la Marquesa madre de Monsalud, que moría meses más tarde también en Madrid. Su testamento es la mejor prueba de los proyectos coleccionistas del hijo difunto: «Es su deliberada voluntad —rezaba una de las cláusulas— que todos los muebles, porcelanas, colecciones de antigüedades, esculturas, pinturas, relojes de sobremesa y objetos de cariño, retratos de familia, etc., etcétera, y demás objetos artísticos que existan en la casa de Madrid, sean trasladados al palacio de Almendralejo, en donde permanecerán y se conservarán juntamente con los demás objetos análogos que en dicho palacio existen.» Y en otra añadía: «Impone a D. Carlos Solano y Adán de Yarza la obligación de concluir las obras trazadas por el finado hijo de la testadora,

(43) Carta del 23-I-1950.

(44) Informe remitido a petición nuestra en 1949.

(45) Parroquia de San Martín de Madrid, libro 52 de difuntos, folio 195 vuelto, núm. 1.257. El cadáver fué trasladado a la estación de ferrocarril de «Atocha» para ser conducido e inhumado en la cripta del castillo de Torres-Secas, en Almodóvar (Huesca), que era una finca patrimonial de la Marquesa madre. También allí había Monsalud ejercitado sus actividades excavadoras, pues en otra cláusula del testamento materno se habla de las «fuentes descubiertas últimamente por el recientemente fallecido, su inolvidable dueño, hijo de la testadora, Sr. Marqués de Monsalud».

Sr. Marqués de Monsalud, en el palacio de Almendralejo, con arreglo a las instrucciones que ha dejado él mismo, así como la instalación de las antigüedades y la colocación de todos los objetos del Museo, una vez terminadas las obras pendientes.»

Al cabo de cuarenta años que esto se dispuso, nos encontramos con que todo ello no pudo resultar más al revés. Hoy el palacio marquesal de Almendralejo es un inmueble propiedad de Falange Española, que tiene establecidos en él diferentes servicios; el mobiliario con sus detalles artísticos ha desaparecido en su totalidad, sin que apenas sepamos el paradero de ninguna de sus piezas; la colección de antigüedades que acabamos de describir, almacenadas o expuestas, se ha dispersado y desaparecido también en buena parte.

¿Qué ocurrió para que así sucediera? La respuesta se ha dado ya en diferentes tonos y acusando diversas responsabilidades. Antonio del Solar y el Marqués de Ciadoncha dicen simplemente que «por causas que desconocemos y no tenemos por qué examinar», añadiendo: «Pequeñeces acaso de la vida» (46). En el diario *La Libertad* de Badajoz del 1 de Febrero de 1929 leemos: «*Venta del palacio de Monsalud*. La única joya artística con que contaba Almendralejo se ha dejado ir por apatía, dejadez incalificable... El palacio de los Marqueses de Monsalud ha sido vendido, según nos afirman, en la cantidad de 150.000 pesetas...» Y cinco años más tarde, el 18 de Marzo de 1934, se explayaba más a sus anchas el mismo periódico diciendo, como colofón de un artículo sobre el abandono estatal en que yacían las provincias extremeñas: «Y no hablemos del caso del palacio de Monsalud en Almendralejo, que era una reliquia arqueológica y artística y ha quedado desmantelado por completo, correspondiendo una buena parte de la fechoría al mismo Estado.» Por su parte, la *Revista del Centro de Estudios Extremeños* recogía en esas fechas otro comentario de Adelardo Covarsí no menos acre e irreticente, donde al hablar de los monumentos de Almendralejo hace destacar, entre sus antiguos palacios, el de Monsalud, «verdadero museo por lo que encerraba de la época romántica, hoy deshecho infamemente por un maridaje de desidia y de

(46) *Del solar de Extremadura*, pág. 61.

codicia, de cuyo desastre son principalmente culpables los hijos de Almendralejo, que lo han permitido» (47). Esta opinión, llena de censuras, sobrevive aún entre algunos eruditos extremeños, que al pedirles noticias sobre la suerte de la colección que ellos conocieron, se me han manifestado más o menos en iguales tonos de protesta y acusación, quien contra los herederos del Marqués, quien contra las autoridades de Almendralejo y quien contra la Dirección General de Bellas Artes.

Por mi parte creo que en todas estas apreciaciones, si exceptuamos aquella de que el propio Estado fué autor de la «fechoría», hay algo de realidad, pero que al mismo tiempo se revelan menos comprensivas de los detalles y aun de la substancia del asunto. En torno al cual trazaremos la siguiente relación objetiva y desapasionada, después de contrastar cuantos hechos y opiniones hemos podido relacionar con él (48): Al morir en 1911 la Marquesa madre de Monsalud, hemos visto que el palacio, con otras posesiones, fué heredado por su sobrino D. Carlos Solano y Adán de Yarza, residente en Madrid y que no tenía más vínculos con el edificio ni más afición hacia su contenido sino los derivados de la, al parecer, rica herencia venida a sus manos. Así se explica que a partir de 1910 ni fuera habitado ni visitado apenas por ninguno de sus dueños. Los albaceas, que eran muchos, nombraron un casero o consejer, y así durante más de

(47) *Extremadura artística. Los monumentos histórico-artísticos de la provincia de Badajoz* en *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, VIII, 1934, pág. 1.

(48) No se piense, sin embargo, que esta relación pueda ser completa ni precisa. El palacio de Monsalud y su colección es una de esas cosas que, después de muerto él, a nadie interesó ya mayormente, sino en función de su puro valor económico. Algún aficionado a las antigüedades, algún amigo o admirador del Marqués, este o aquel erudito extremeño, tal o cual persona de Almendralejo pudieron en algún momento pensar en ellas y ocuparse de su suerte; pero no tanto, y ello es lógico, que se empeñaran, con quien fuera, en batalla para romper la especie de entredicho que durante años estuvo pesando sobre todo el recinto marquesal. Así se explica que las noticias sobre los objetos arqueológicos y artísticos, a partir de la muerte de su coleccionador, sean pocas, parciales, confusas y hasta contradictorias, tanto por lo que se refiere a su naturaleza y valor, como por lo que hace a su conservación, enajenaciones, fechas de las mismas, compradores, etc. Proceden en su mayoría de personas que tuvieron que ver con el asunto sólo muy tardíamente y en relación con aspectos muy parciales del mismo.

veinte años, parece que todo estuvo en manos de simples guardas o encargados. Añádase que el estado económico de la herencia no era tan halagüeño como para dejar de pensar en prontas enajenaciones con que atender a los gastos testamentarios y a las fundaciones y legados, que no eran pocos (49). Así se vendieron la dehesa de La China, hipotecada ya desde hacía años, y otras fincas heredadas. De los muebles y antigüedades parece que no se ocupó nadie. Consta que los más valiosos, como el bargueño del Cardenal Borbón, el Goya que representaba al mismo purpurado y alguna otra pieza de notorio interés, pasaron, después de bastante tiempo, a manos del heredero Sr. Adán de Yarza en Lequeitio. Sobre todo lo demás no he podido adquirir información concreta de ninguna clase, ni puntualizar si acaso hubo cosas que se vendieron o simplemente salieron del palacio bajo cualquier otro pretexto. La circunstancia de haber el Marqués de Ciadoncha encontrado, por pura casualidad, en el comercio de un anticuario un retrato del I Marqués de Monsalud que figuraba entre los del palacio (50), nos hace suponer que otros objetos artísticos corrieron análoga suerte; pero cabe la hipótesis de que esto, incluso por lo que se refiere al retrato, ocurriera después de la liquidación total del palacio en 1930. La realidad es que al cabo de veinte años habían desaparecido una serie de piezas arqueológicas que, según testimonio del propio Monsalud, fueron poseídas por él, y de las cuales no queda actualmente rastro ni pista de ningún género. En cualquier hipótesis, a todo lo que pudiera quedar en Almendralejo le llegó también la hora de ser vendido con el propio inmueble el 23 de Febrero de 1929, siendo comprador D. Mariano Larios, de Badajoz. Entre lo vendido se contaban por lo menos las piezas arqueológicas del patio exterior recién descritas y parte de las almacenadas en los locales adyacentes a dicho patio; sólo parte, porque muchas de ellas, las más pequeñas y frágiles, como piza-

(49) Por ejemplo, entre los primeros, el Asilo y Hospital que con el nombre de «Nuestra Señora del Pilar» había de construirse en Almendralejo, y entre los segundos, el de D.^a Encarnación Gómez, especie de señora de compañía de la Marquesa, a quien ésta dejó toda su ropa y alhajas, más una buena pensión y el usufructo de una casa.

(50) *Del solar de Extremadura*, pág. 61.

rras y objetos de cerámica, parece que se perdieron en el transcurso de estos veinte años de abandono y de posibles enajenaciones. Tratándose de cosas aparentemente despreciables y de poco valor comercial, más bien ha de creerse que fueron simplemente perdidas o deshechas. El nuevo poseedor del antiguo palacio y de los restos de la que debiera haber sido colección marquesal pensó pronto en desprenderse de ambos. Con el palacio no lo logró hasta 1939, en que, después de varias gestiones para que fuera adquirido por alguna entidad de Almendralejo, lo vendió a Falange Española. Para los segundos encontró más pronto acomodo y fueron adquiridos en lote por el librero de Barcelona D. Rafael Casulleras, en 1930. Tampoco al nuevo dueño le interesaba retener las antigüedades adquiridas y fué colocando diversos lotes en diferentes compradores, algunos de los cuales aún no serían el último eslabón de esta cadena de manos por las que fué pasando la cada vez más maltrecha y mermada colección (51). Así, por ejemplo, D. Jaime Rosquellas, que adquirió un lote de piezas, arquitectónicas en su mayoría, todavía lo traspasó en venta a los señores D. Antonio y D. Emilio Trinxet, que le dieron definitivo destino en su finca de San Feliú de Codinas «Fi-Vallés» (lám. 21) (52). También como definitiva puede considerarse la adquisición hecha por D. Damián Mateu, que si no se conserva actualmente fué debido a los azares de la guerra civil española. Según el Sr. Casulleras, era el lote más abundante y rico, y en él se contaban alhajas y objetos de metal, buena parte de lo que se ve en las fotografías anteriormente des-

(51) Lástima que el Sr. Casulleras no formara inventario ni hiciera nota ninguna, así de lo que él compró como de las diferentes partidas que fué vendiendo. Hubiera sido la mejor guía para formarnos hoy idea aproximada de la colección Monsalud. Incluso sus recuerdos sobre objetos, compradores, fechas, etcétera, no son tan precisos como para satisfacer, ni siquiera medianamente, nuestra curiosidad. Ultimamente he solicitado de él algunos datos más particulares, sin que hasta la fecha haya recibido respuesta.

(52) Dichos señores me han facilitado un informe completísimo sobre el particular, acompañado de excelentes fotografías, alguna de las cuales publico. En sus datos no deja, sin embargo, de encontrarse alguna inexactitud sobre fechas, compradores y vendedores, que corrobora lo dicho en nuestra nota 48, y nos hacen dudar un poco sobre la autenticidad y procedencia de ciertas piezas.

critas (53). Pero el mejor y más acertado destino supo darlo Casulleras al numeroso grupo de objetos que por gestión del entonces Director General de Bellas Artes, D. Manuel Gómez Moreno, vino a parar al Museo Arqueológico Nacional de Madrid. A excepción de algunas cosas, perdidas durante la última guerra, se conserva casi íntegro. Hacen un total de ciento cuarenta y tres piezas, entre ellas más de sesenta inscripciones, y ha sido suficientemente descrito por Navascués (54). Gracias a este lote nos es posible hablar todavía, con conocimiento de causa, de la colección Monsalud, y creemos que no merece el Estado tan graves censuras como algunos eruditos extremeños le lanzaron precisamente por esta adquisición.

El artesonado de cedro del salón-oratorio había sido vendido anteriormente por el Sr. Larios. El altar lo posee actualmente el Conde de los Campos de Orellana, en Don Benito (55).

Todavía quedan en poder del Sr. Casulleras, en espera de comprador, los azulejos, las inscripciones y las piezas arquitectónicas u ornamentales embebidas en las construcciones del palacio de Almendralejo y que ya hemos descrito. De desear sería que el Museo Arqueológico de Mérida o el Provincial de Badajoz llegaran a ser poseedores y expositores de las mismas. Tal como hoy se encuentra el palacio, ningún interés ofrecen en él, y su lugar adecuado estaría en cualquiera de estos Museos, para dar, junto con las que posee el Arqueológico de Madrid, y al lado de las fotografías aquí publicadas, perenne testimonio de esta colección malograda que se prometía tan abundante y rica, pero más aún de los trabajos y afanes histórico-arqueológicos de aquel merítísimo prócer extremeño que se llamó Mariano Carlos Solano y Gálvez, V Marqués de Monsalud.

TOMÁS MARÍN

Secretario del Instituto «Enrique Flórez».

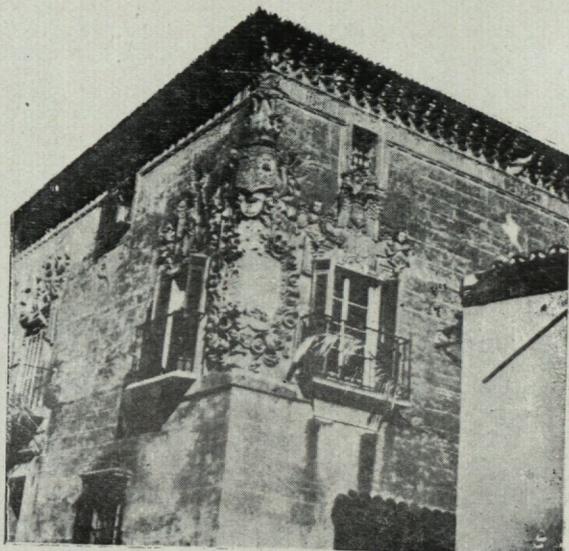
(53) Ni el Sr. Casulleras, ni el hijo y heredero de D. Damián Mateu, Excmo. Sr. D. Miguel Mateu Pla, que amablemente nos ha informado sobre lo que recuerda de los objetos adquiridos por su padre, han podido suministrar-nos ningún dato más concreto.

(54) Cfr. nota 34.

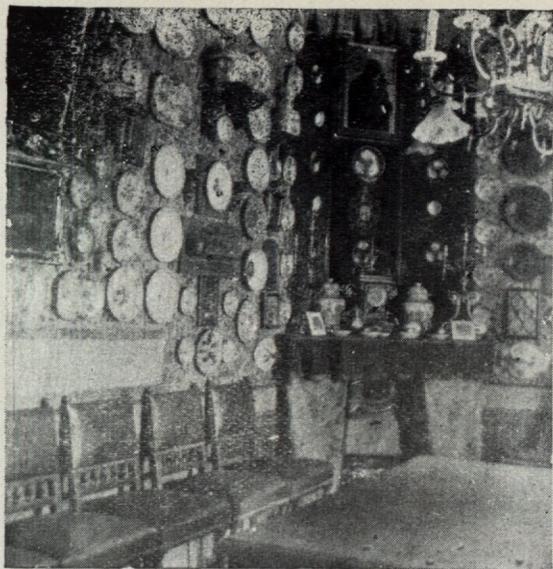
(55) Carta de D. Luis Blázquez, de Almendralejo, el 5-IV-1952.



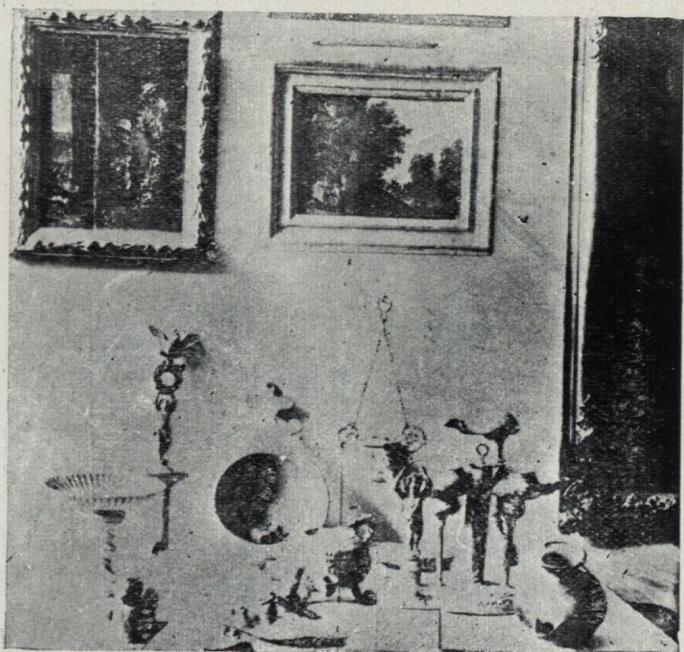
Lám. 1



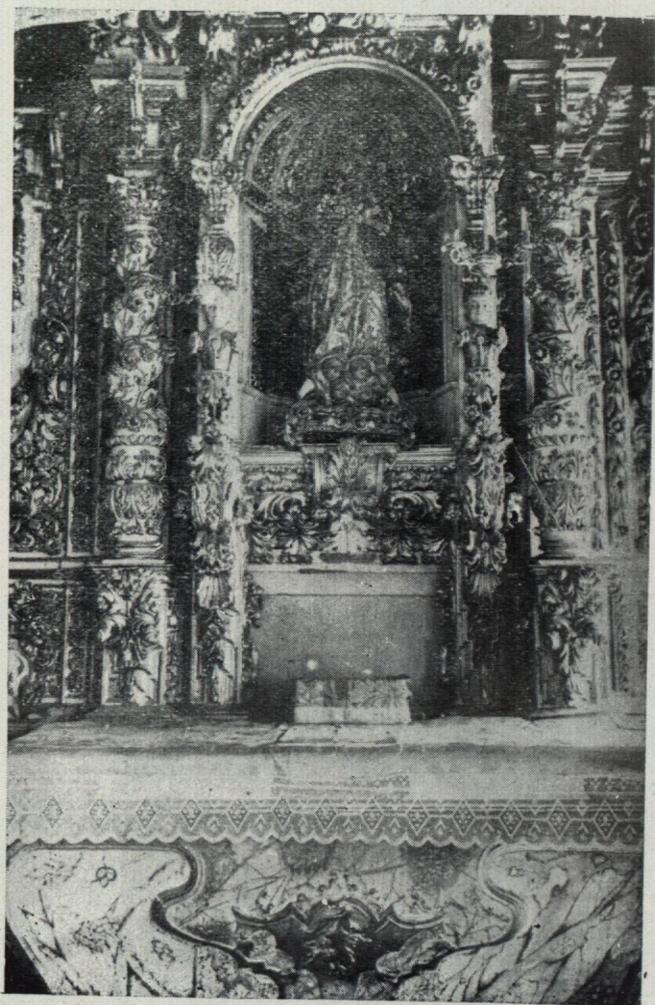
Lám. 2



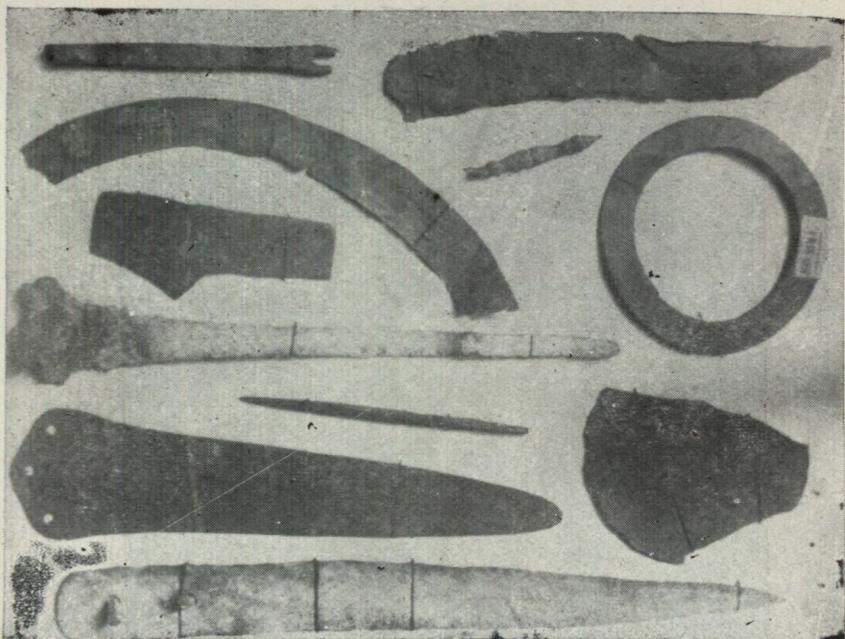
Lám. 3



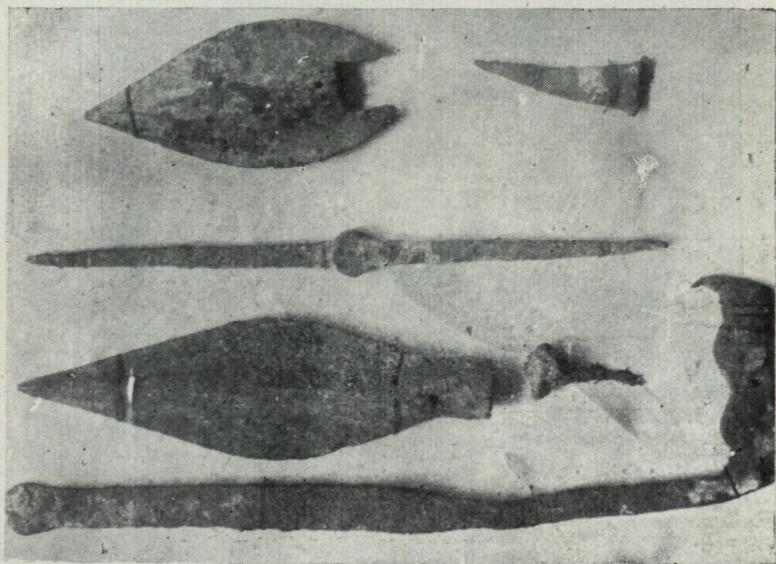
Lám. 4



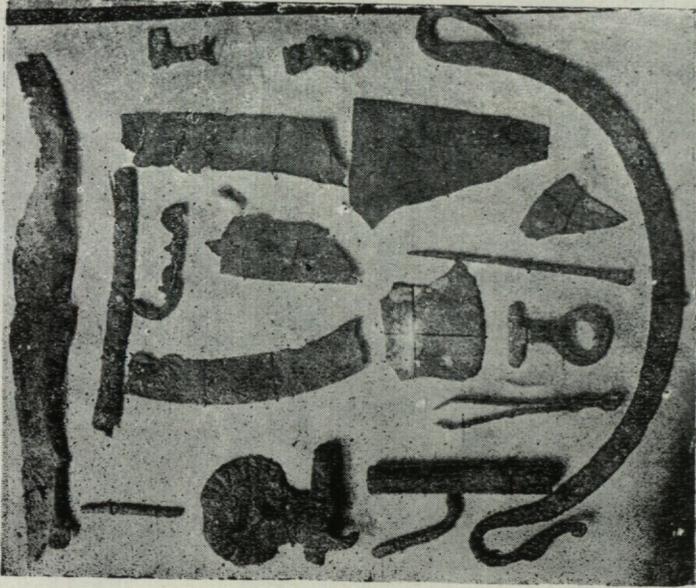
Lám. 5



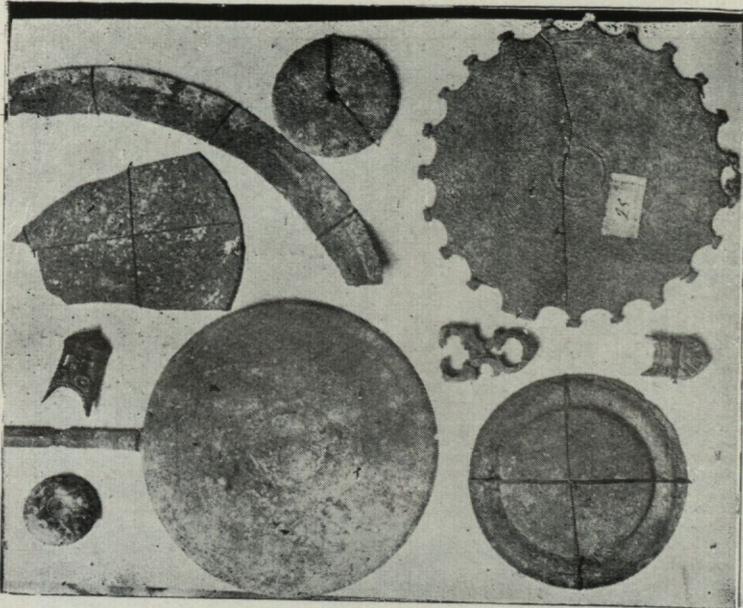
Lám. 6



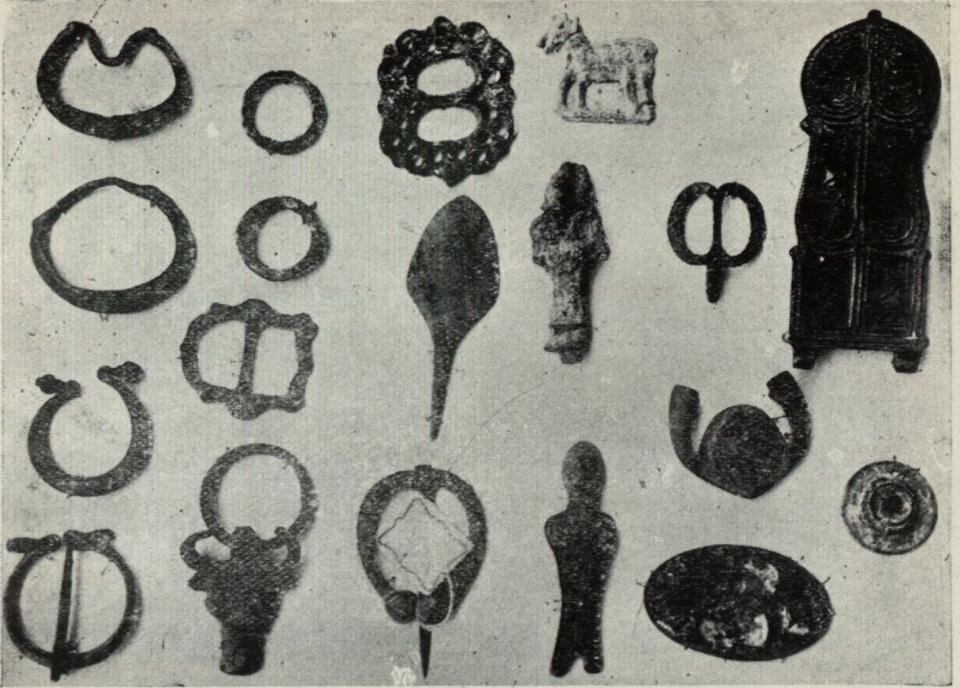
Lám. 7



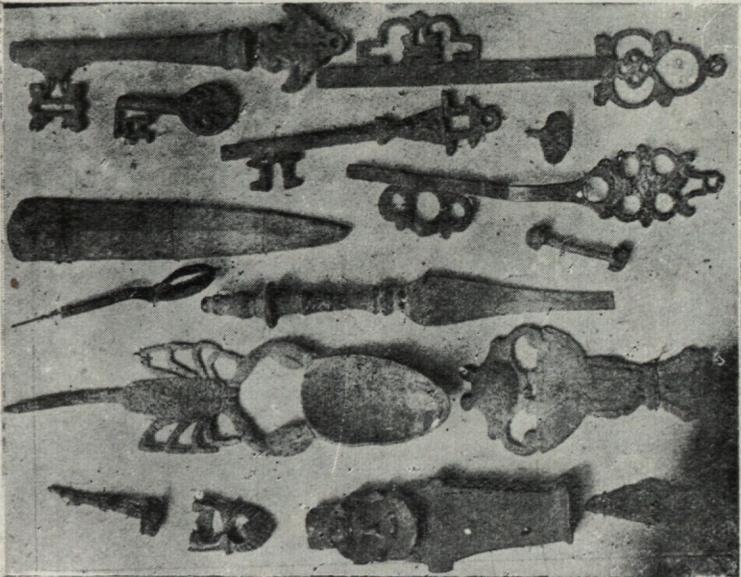
Lám. 8



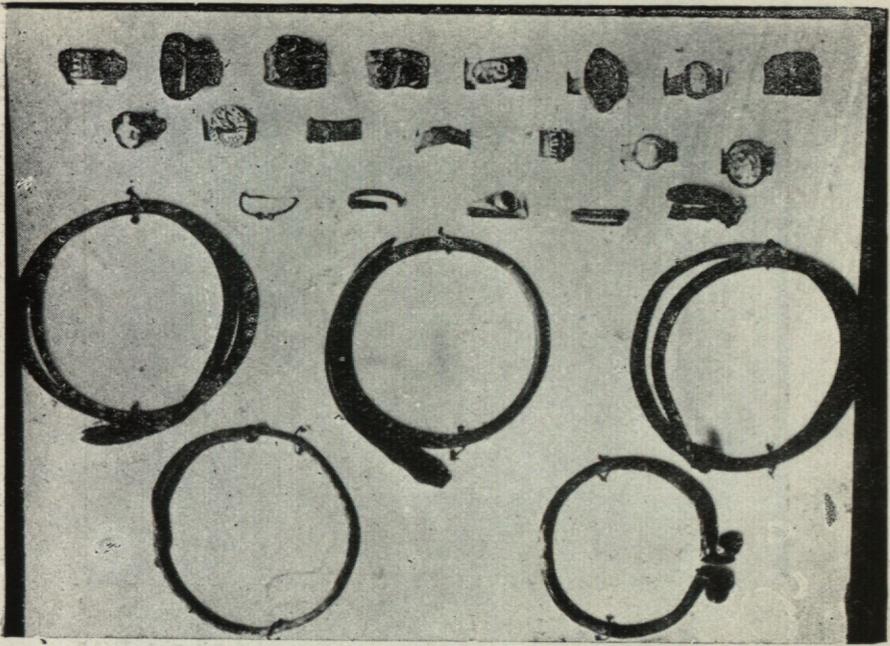
Lám. 9



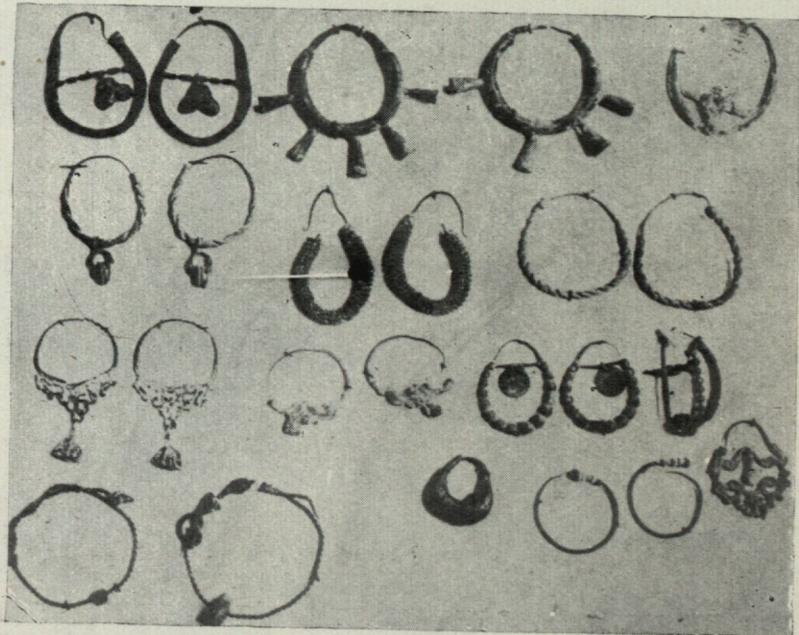
Lam. 10



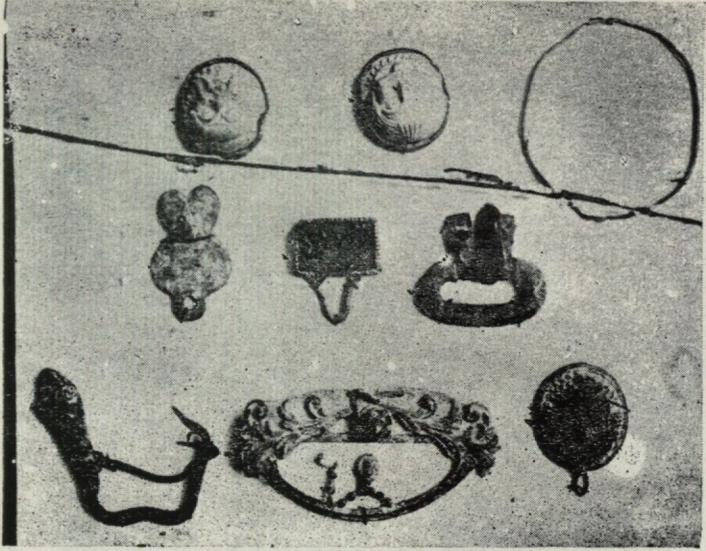
Lám. 11



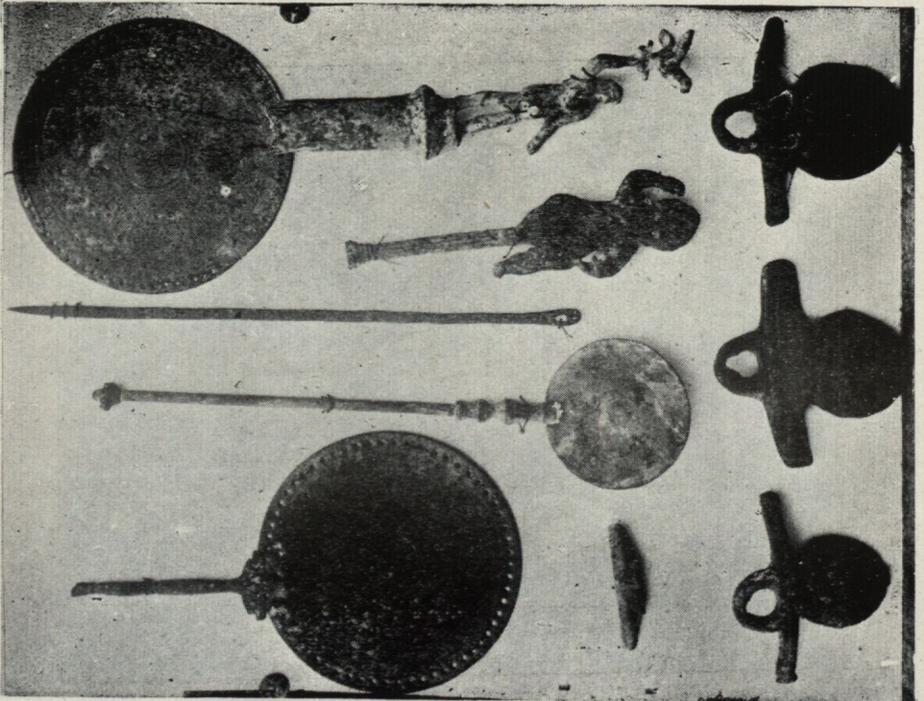
Lám. 12



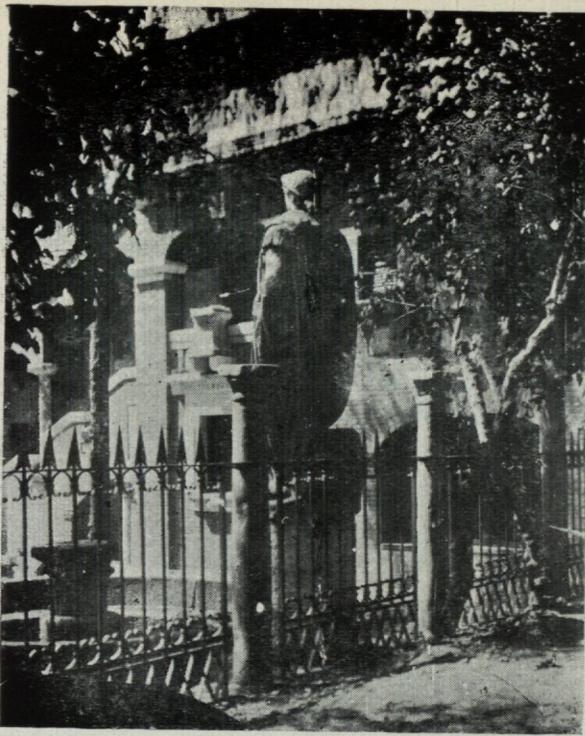
Lám. 13



Lám. 14



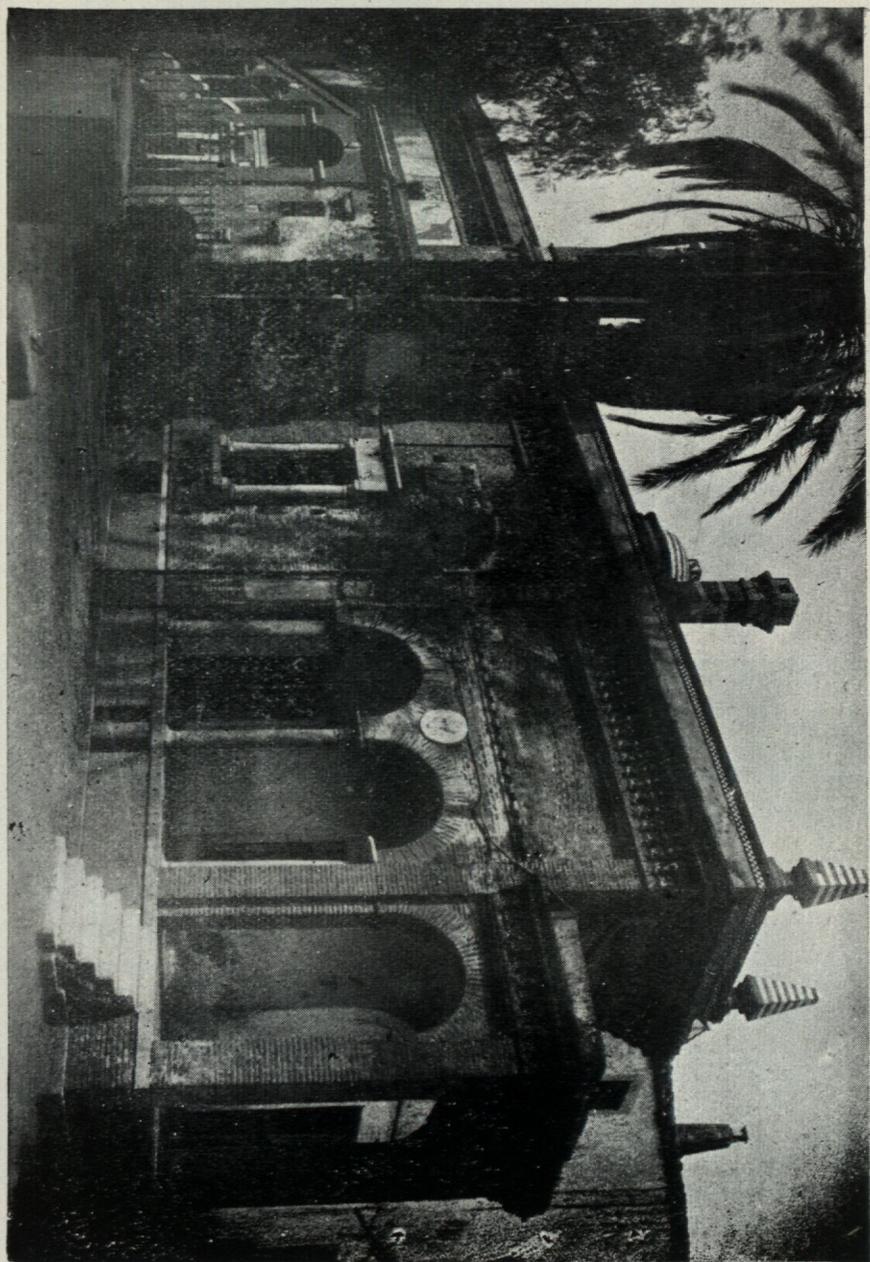
Lám. 15



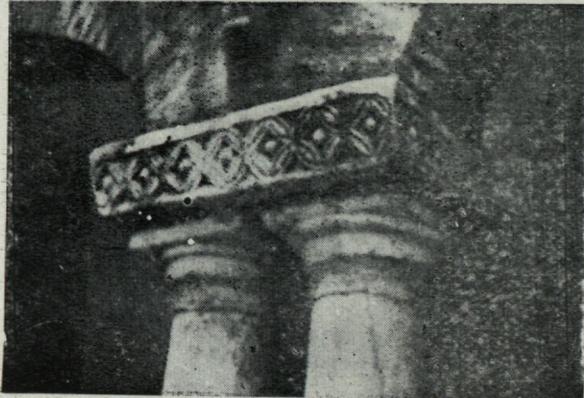
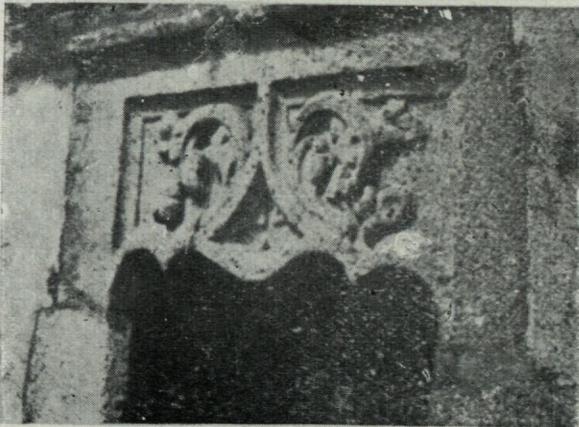
Lám. 16



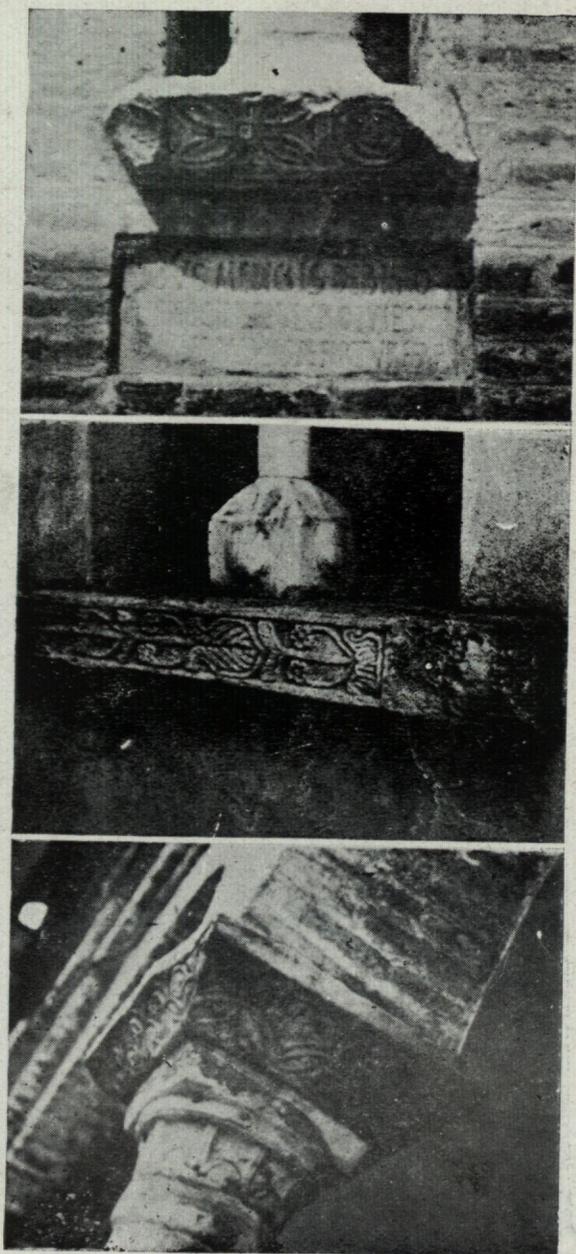
Lám. 17



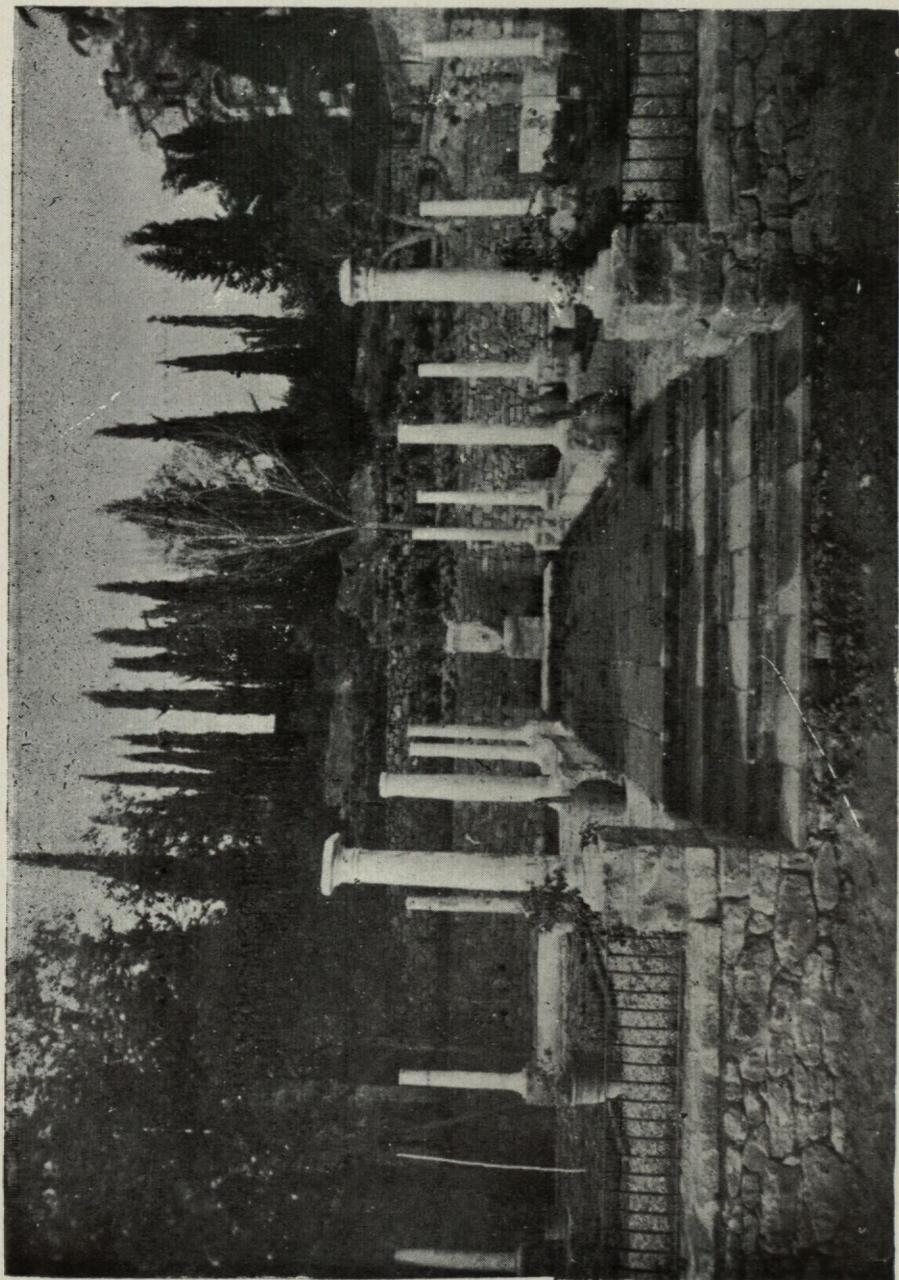
Lahn. 18



Lám. 19



Lám. 20



Lám. 21